

SAN DIEGO DE ALCALÁ
“LITERATURA, ARTE Y
DEVOCIÓN POPULAR”

JOSÉ RAMOS DOMINGO
UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA

Sin posible fecha a concretar, hacia finales del siglo XIX, ya en el ocaso de la Edad Media, en la villa Sevillana de San Nicolás del Puerto, abrió sus ojos a nuestro mundo un humilde niño andaluz que con el tiempo, por bula de canonización de Sixto V pasaría a ser el primer franciscano español al que se honraría en los altares como santo, San Diego de Alcalá. Después, su humilde y ejemplar vida prestaría una inusitada atención tanto a la devoción popular como a la literatura y el arte¹.

Sin embargo, poco a casi nada podemos contar y hablar de sus primeros años. Ciertamente, entrado ya en la regla de la religión franciscana sí nos aportan datos y noticias las biografías posteriores de D. Francisco Peña, D. Cristóbal Moreno y D. Alonso Morgado. No obstante, ante toda esta ausencia y escasez de referencias bibliográficas no nos es difícil ajustar ambiente y marco histórico del santo en lo que va desde su nacimiento hasta llamar y "tocar la puerta" del convento de Arrizafa.

En efecto, su fecha y entrada en la historia entre 1390 y 1400 se identifica y coincide con una de las épocas más tumultuosas y críticas de la historia de la Iglesia, momento y tiempo en el que en lo más profundo de su entraña se está sintiendo y sufriendo la desunión y el desgarramiento eclesial del gran *Cisma de Occidente*. A la par, no habiéndose superado todavía en las conciencias de la gente el inesperado y terrible impacto de la *Peste Negra*, y en medio del desánimo y la confusión general, vuelve a tomar protagonismo la semilla ya germinada de las antiguas propuestas del movimiento cátaro y valdense, tomando nuevo rostro herético en este instante en las propuestas de Wiclef en Inglaterra y Hus en la Bohemia. Pocas obras como las del Bosco en *El Jardín de las delicias* (Figura 1) lograron acercarnos de manera crítica y simbólica, en fascinante crónica visual, aquel, todavía aun latente en las conciencias de la gente, del particular mundo de las sectas: Lolardos, husitas, taboritas, adamitas, patarinos, dulcinistas etc.



¹ Como guión fundamental de esta conferencia, y a nivel orientativo seguimos la parcelación temporal y biográfica que el catedrático de Historia Medieval de la Universidad Pontificia de Salamanca, D. Isaac Vázquez, O.F.M., hiciera para la "Separata de la Revista" CONFER, Num. II, Octubre-Diciembre 1964, con el título de Un Santo de la España Imperial: San Diego de Alcalá.

Aún así, a la par, siendo un niño todavía nuestro santo, a finales del siglo XIV y primeros del XV ya empezaba a notarse en el centro de Europa el movimiento renovador conocido como la *Devotio Moderna*. Y para explicar el impacto que supuso dicho movimiento interiorista y espiritual en la época de la que hablamos nada como fijar nuestra mirada a la plástica visual del momento; y de entre ella, la nueva y sentida configuración del rostro de Jesús.

Siglo antes, hieráticos y frontales, los Cristos prerrománticos y románicos eran, sobre todo el kyrios escatológico, aparecido y representado con evocaciones cósmicas, afirmándose a sí mismo como *Luz del Mundo* (Figura 2) en el libro de la verdad. Guardián y portador de la Ley, terrible juez que haría comparecer a todos los humanos ante su tribunal. Su imagen desmesuradamente grande, fuera de lo temporal, alejada de lo circunstancial, era, sobre todo, símbolo de lo absoluto, de aquello que encerraba en sí el principio y el fin. Incluso, cuando se representaba crucificado no dejaba traslucir en él señales de sufrimiento. Clavado en la cruz, su corona era más de rey que de ignominia, y en su pose se configuraba más lo exaltado que lo humillado.



Pero luego llegó Francisco, y con él, entró en el arte el gran discurso “sonoro y visual” de los primeros pasos e inicios de *La Devotio Moderna*: la emoción y el sentimiento. Cristo, entonces, fue bajado de los tímpanos, desposeído de su corona real para presentársenos de ahora en adelante, sufriente, crucificado y coronado de espinas. Gracias a Francisco comenzó a mostrarse, ya no el Cristo del Apocalipsis, sino el Jesús de los sinópticos. Es decir, comenzó ya a hablarse de la humanidad de Cristo, y el hombre que sufría no era ya otro que el Dios de la Encarnación.

Influidos, pues, por el espíritu de San Francisco, toman preferencia y protagonismo tanto en la literatura espiritual como en el arte, la contemplación y secuencias de los misterios de la Pasión, siendo en primer lugar la pluma del franciscano San Buenaventura quien nos legue y regale dos sorprendentes y emotivos tratados en torno a la Pasión del Señor. Hablamos del *Árbol de la Vida* y de su estremecedora y dramática *Meditación sobre la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo*, Pasión de Jesús en la que el místico franciscano, en hermosa prosa descriptiva y visual nos invita constantemente a acercarnos a los sitios y lugares donde se ve, se percibe y se escucha el drama de la Pasión del Señor. Y así, por ejemplo, avisándonos que ya pasa el Señor delante de nosotros con la Cruz a cuestas, requiere en voz baja nuestra atención, y nos dice: *Mírale atentamente y considera cómo va encorvando bajo la Cruz*

y respirando angustiosamente. *Compadécelo cuanto puedas viéndolo en medio de tantas angustias, de tan repetidos ultrajes*²... . No sabemos si Valdés Leal leyó esta Meditación pasional del santo franciscano, pero su estremecedor Cristo con la soga al cuello, apoyando fatigosamente su mano en la rodilla izquierda y a punto de ser aplastado por el peso de la cruz, bien pudo tener su invención iconográfica o al menos relacionarla con esta fuente literaria de San Buenaventura (Figura 3).



Igualmente, dentro de todo este vivero visual de literatura mística, podríamos también afirmar y decir que el famoso y estremecedor *Llanto por Cristo muerto* de la Capilla de los Scrovegni, en Padua, pintado por Giotto a principios del siglo XIV, vuelve a tener parecidas deudas de invención iconográfica con la emotiva y pasional obra de la pluma de San Buenaventura, pudiéndose leer en el núcleo narrativo de la composición pintada por Giotto, en latente expresión y visualidad retórica, todo el sentir de las emociones humanas de la “Devotio Moderna” (Figura 4).



2 San Buenaventura, *Meditaciones de la Pasión de Jesucristo*, BAC., Madrid 1956, p. 779.

Después, en la estela de ésta mística franciscana, y en fiel seguimiento de la "Imitación de Cristo", aparecería posteriormente uno de los tratados más emblemáticos de la ya plena "Devotio Moderna". Hablamos de la *Vita Christi* de Ludolfo de Sajonia, tratado donde el místico cartujano nos reclama, en progresiva sucesión episódica de cuadros y escenas, a modo de "composición del lugar", a entrar y ser también testigos del drama de la Pasión; y ya dentro, abrir nuestros ojos y "mirar" pasos tan dolorosos como al Jesús que acaban de azotar. Para nuestra propia meditación y contemplación que suerte hemos tenido que Murillo pintara ya este dramático cuadro (Figura 5) a tenor de las palabras del cartujano:

Pues mira como anda el Rey del cielo tan aflicto, y desangrado y temblando de frío(...), compadécete de él con todas tus entrañas (...), vuelve tus ojos a él y mírale como está todo azotado y bañado de sangre, y cuajado de llagas (...). Y mírale como se arrastra a cobrar sus vestiduras derramadas por parte del suelo (...). Mírale desnudo delante de todos (...). Míralo con diligencia, y muévete a desear sus alivios con toda piedad y compasión ³



Pues bien, nos atrevemos a decir que todo este movimiento de renovación espiritual, afectivo e intimista de la "Devotio Moderna", produjo igualmente en España un singular movimiento hacia la vida solitaria y eremítica, poblándose la sierra de Córdoba de un sinnúmero de pequeñas ermitas y capillas, lugares solitarios y apartados donde sus moradores, dando la espalda al bullicio del siglo, se dieron en llamar la *Congregación de ermitaños de San Pablo*. Y como anotan los cronistas fue por este tiempo cuando todavía un joven llamado Diego deja la casa paterna para retirarse, primero, en la pequeña capilla de San Nicolás de Bari junto a un piadoso santo y sacerdote, y luego, más tarde, en el romitorio de la Albalá, ambiente éste y lugar impregnado de franciscanismo y donde a buen seguro empezó a germinar su vocación seráfica.

En fin, por estas fechas, su intención de incorporarse a la orden del santo de Asís ya había sido definitivamente tomada, y para ello se acercará a llamar a la puerta franciscana del convento de Arrizafa. Podríamos decir que estamos ya en tiempos de la tercera década del siglo XV, momento y circunstancias históricas en el que se pide y se siente tanto la reforma de la Iglesia como la de las órdenes religiosas. Y en lo que se refiere a la orden franciscana, nuestro aún joven fraile Diego va a vivir y adherirse al movimiento renovador de la "Regular Observancia". Apoyando dicha renovación por la custodia observante hablarían a su favor desde Italia

3 *Vita Christi Cartuxano*, Imprenta de Antonia Ramírez, Salamanca, 1623, "Contemplación de los misterios que pasaron en la Pasión de Christo N.R. y lo que padeció desde la hora de Prima, hasta la hora de Tercia, en casa de Cayfas, Pilato y Herodes, p. 236.

las voces franciscana de Giovanni della Valle, Gentile da Spoleto, Pauluccio de Trinci, Francesco da Fabriano, Giovanni da Capistrano; a su vez, desde España se significarían las propuestas franciscanas de Pedro de Villacreces, Pedro de Santogo, Lope de Salinas y San Pedro Regalado⁴.

Bajo este ambiente, no exento de discusión, y de urgente necesidad renovadora, en humildad y sin deseos de aspirar al sacerdocio, fray Diego, a ejemplo de San Francisco, dentro de la orden franciscana elige quedarse en el estado de hermano Lego, siendo para su preferente quehacer en el convento la portería, la cocina y el huerto. Pocos como D. Isaac Vázquez supieron definir las santas andanzas del futuro San Diego de San Nicolás por estas fechas en el convento de Arrizafa, donde allí en las más encomiable sencillez franciscana *supo encontrar a Dios entre las ollas de la cocina, entre los nabos de la huerta y entre los pobres que acudían a la portería de su convento*⁵. A su vez, también comenzó a notarse dentro de las disputas teológicas que internamente mantenía la orden su espíritu de caridad, unidad, paz y concordia. No es de extrañar, pues, que ante semejante dechado de probadas virtudes, buenos haceres y no menos méritos, Fray Diego fuera nombrado como guardián para la comunidad franciscana de Fuerteventura.

Sabemos que el priorato de nuestro humilde lego andaluz en la isla canaria duró hasta 1447. Sitio y lugar por otra parte en el que tanto como superior y como misionero seguramente ya se había instruido para la futura evangelización de la "Nueva España" en los nuevos métodos franciscanos de la predicación e instrucción por medio de las imágenes. En efecto, si nos atenemos a la *Rethorica eclesiástica*⁶ del posterior franciscano Fray Juan de Segovia probablemente nuestro santo habría utilizado dicho método audiovisual ante la indígena población canaria (Figura 6).

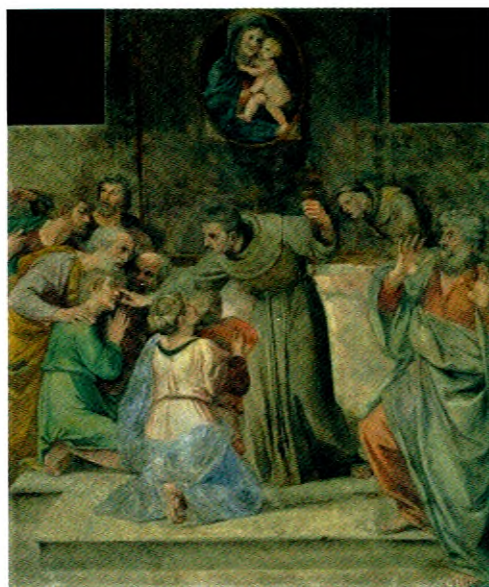


4 Cf. Isaac Vázquez, O.F.M. Un santo de la España Imperial: San Diego de Alcalá, op. cit., P. 5.

5 Id., p. 6.

6 Fray Juan de Segovia, De praedicatione evangélica libri quatuor, Edición y traducción de Rosa María Herrero, Garrido Gallardo, Madrid 2004, Pról. Cl- CII: Para que los indios entendiesen bien las verdades de nuestra religión, se valían nuestros misioneros de unas pinturas o tapices donde estaban representados los misterios principales de la Vida de Cristo, los diez mandamiento, los artículos de la fe, los pecados, las obras de misericordia... La idea fue nuestra, como he dicho, y nosotros fuimos los primeros que introdujimos esta manera de predicación. Después, comenzaron otros a hacer lo mismo y publicaron imágenes y figuras, como las nuestras, diciendo que ellos eran los inventores somos los franciscano, que a fuerza de ayunos y oraciones conseguimos que el Señor nos descubriese esta manera tan eficaz de predicar su ley a los pobrecitos indios.

En 1450, junto a Fr. Alonso de Castro, pidiendo limosna de puerta en puerta y viajando a pie y descalzo llegó Fr. Diego junto a su hermano de religión a la Roma humanista y eterna para asistir a la solemne canonización de San Bernardino de Siena y, a su vez, participar en los debates de la congregación general de la familia observante. Por las crónicas que disponemos a mano, y ante la gran afluencia de peregrinos que habían llegado a Roma fue noticia y evento terrible por aquel tiempo la imprevista irrupción de la Peste, convirtiéndose entonces Fr. Diego en el asistente y enfermero general de los infectados en el convento de Santa María in Aracoeli, sitio y lugar romano donde nuestro desvuelto santo andaluz supo parapetar a sus enfermos contra la peste con la sana logística de distribuir alimentos, sanear aguas y curar dolencias de los apesados. Fe de este instante y de la solícita caridad de nuestro enfermero quedó posteriormente registrada en los frescos (Figura 7) que ejecutara entre 1602 y 1604 el pintor italiano Annibale Carracci.



Concluida su prodigiosa y caritativa estancia en Roma vuelve Fr. Diego de San Nicolás a España, teniendo primeramente como destino el convento franciscano de Nuestra Señora de la Salceda, en Guadalajara, para, posteriormente, ya en 1456, durante los últimos siete años de su sencilla vida hacer el final de su trayectoria fraterna y comunitaria en el convento de Santa María de Jesús de Alcalá de Henares. Nuestro ciclo vital de hoy no era el de aquellos tiempos, por tanto, Fr. Diego, podríamos ya considerarlo entre fatigas, ayunos y penitencias, varón de edad avanzada. Aun así, suponemos que nuestro santo no habría abandonado aquella franciscana querencia de cavar la huerta, plantar lechugas y nabos o cultivar las flores. Sí sabemos, no obstante, que sus frailes superiores al verle tan gastado de

7 Cf. A. E., Pérez Sánchez, Annibale Carracci. Historia 16. "El Arte y sus creadores", nº 23, Madrid 1993, pp. 92- 94 y 96. Como nos registra igualmente Diego Suárez Quevedo, en su estudio *Del pincel a la gubia. Sobre San Diego de Alcalá y su iconografía en el Siglo de Oro*, Universidad Complutense de Madrid, los frescos fueron pasados a lienzo y enviados a España; nueve están hoy en el Museo de Arte de Cataluña y otros siete custodia el Museo Nacional de Prado; fueron grabados en 1646, por Simon Guillain. "Las composiciones son todas de una sorprendente severidad monumental. Las masas de los hábitos franciscanos concebidas como bloques de rigurosa verticalidad que subrayan sus pliegues rectilíneos, se acompañan con facilidad a las severas arquitecturas de los fondos, cuando los hay, o a la simple horizontalidad de los paisajes en los escenarios al aire libre. Para este asunto iconográfico ver igualmente Diego Suárez Quevedo, *Del pincel a la gubia. Sobre San Diego de Alcalá y su iconografía en el Siglo de Oro*, Universidad Complutense de Madrid.

correría evangélicas tuvieron a bien darle un cargo de tranquilidad y descanso colocando a Fr. Diego en el popular oficio de la portería del convento, pero "hete aquí" que nuestro simpático y santo andaluz terminó convirtiendo la sacra recepción conventual de su portería en la oficina de caridad del pueblo de Alcalá. Es decir, por su prestancia de socorro y no menos amabilidad tomaron constante costumbre de llamar a su aviso y tocar la campana de socorro al convento toda un cofradía de lisiados, pobres, ancianos y desvalidos.

Pero como en todo, tanto ayer como hoy, los viveres del saco de la caridad, ante tanta demanda, llega un momento que tocan fondo. Podemos imaginarnos entonces al solícito Fr. Diego en el momento de la mañanera oración comunitaria cavilar delante del sagrario, y eligiendo como punto supremo de meditación el modo y manera de surtir de provisiones su particular alacena. Y en este embarazoso instante de dudas y aprietos, ¿con qué ruegos se dirigiría Fr. Diego al Señor? ¿Sería acaso aquella sensata oración de "*Señor, o dame pan, o ponme donde lo hay*"⁸. Parece ser que la oración fue escuchada y surgió efecto, porque Fr. Diego, tanteando momento y horas del hermano cocinero, buscó vueltas e instante oportuno para poder practicar sus piadosos hurtos en la despensa comunitaria. Después, por lo que hemos oído, semejantes hurtos terminaron haciéndose cotidiana costumbre, ya que la canastilla del pan de los fraile no llegaba como antes tan llena y abundante al refectorio. Y lo que ocurrió después ya lo sabemos. Puestos en guardia cocinero y despensero dieron en averiguar de que parte del convento venía la piadosa mano del ladrón: o sea, de Fr. Diego. Puesta la denuncia al Padre Guardián tramaron entonces el momento de coger "in fraganti" al santo ladrón portero. Y así fue. Pero para este embarazoso instante del inesperado encuentro de Fr. Diego con el Guardián, nada como dar la voz a Lope de Vega para saber lo que allí pasó:

Guardián: *Diga, ¿dónde lleva el pan?*

Diego: ¡Dios mío! ¿Qué le diré?

Guardián: *Muestre el pan: que no es bien hecho que falte para el convento.*

Diego: *Padre, ¿qué dice?*

Guardián: *Descubra; que no es bien que el pan encubra, y que nos quite el sustento*
(Descubre la falda llena de rosas)

¿Qué es aquesto?

Diego: *Rosas son.*

¿No lo ve?

Guardián: ¿Luego no es pan?

Diego: *No, mi padre guardián*

Guardián: ¡Extraña transformación!⁹

En el decir de Lope, la inesperada transformación del pan en rosas dejó perplejo al P. Guardián pero tampoco nos dejó contento a Fr. Diego, pidiéndole entonces, nuestro humilde portero al Señor que volviera a hacer otra transformación:

¿Cuándo fui
Jesús mío, a tu vergel
a coger aquestas flores?

8 P. Isaac Vázquez, *Un santo en la España Imperial: San Diego de Alcalá*. op. cit., p. 10.

9 Lope de Vega Carpio, *Comedia famosa, San Diego de Alcalá*, Imprenta de Alonso del Riego, Valladolid 1760.

*Pero vuélvemelas pan,
porque esperándome están
tus convidados amores.*¹⁰

Para la devoción popular pocos milagros como éste del santo en el convento de Alcalá fueron recogidos, guardados, cantados y loados como aquí; y tal fue la fama que a lo largo del tiempo fue adquiriendo el prodigioso "milagro de las rosas" que los mejores pinceles y gubias del reino prestaron su atención a la apreciada y ya muy querida figura del santo. Y de los maestros del pincel, el primero que nos dio bella noticia del milagroso evento en el lienzo fue la sensible y mística paleta zurbaranesco, obra hoy del Museo Lázaro Galdiano y fechada hacia 1640 (Figura 8), donde Zurbarán, sin paisaje, a modo de fondo velazqueño, y sin durezas tenebristas, nos muestra a san Diego en ese clásico recurso barroco de sutil contraposto, haciéndose notar que "mira el santo al que le mira", diálogo visual para el posterior coloquio entre santo y devoto; juvenil en su apostura, y además de las rosas en la falda de su hábito, incide en señalar el oficio de portero de Fr. Diego, registrando como novedad las dos llaves colgadas de su cintura. Después volvería Zurbarán a fijarnos en lienzo otra variación del milagro, obra que podemos contemplar en el Museo del Prado, fechada igualmente hacia 1640, pero aquí ya compartiendo escena y composición con posible cocinero, dispensero y padre guardián (Figura 9). Luego, pareciendo secuenciar el instante en el que Fr. Diego vuelve a pedirle a Dios que transforme las rosas en pan porque le esperan sus pobres, Jusepe Ribera, desde Nápoles, pintó en 1644 dicha secuencia del santo suplicante mirando al cielo, portando en su alzada mano derecha una cruz y con la izquierda, casi de manera oferente mostrándonos las rosas entre el franciscano delantal de su hábito (Figura 10). Finalmente, también en lienzo, pero haciéndose notar sobre todo la actividad caritativa de Fr. Diego hacia los pobres que acudían a la puerta del convento, pintó Murillo hacia 1664 un emotivo cuadro de clara semblanza popular, plena de detalles y anecdotismo, situando a una pléyade de pobres y desasistidos (Figura 11) en torno al santo arrodillado.



¹⁰ Id.



No menor representación del milagro de las rosas tendría igualmente la figura de Fr. Diego en manos de los mejores escultores del barroco hispano. Tomando, pues, el motivo de dicho milagro, Gregorio Fernández, en probable petición de la reina Margarita de Austria, ejecutó hacia 1605 la talla del santo que podemos contemplar hoy en el Museo Nacional de Escultura de Valladolid, obra en la que Fernández da a la disposición del hermano lego un gracioso arqueamiento, sabiendo presentar vida y movimiento a la figura; después consumado en el oficio de la gubia denotamos, como siempre en ella, el prodigioso hacer de disponer fruncidos y quebrar paños (Figura 12). Pero sin desmerecer esta obra del escultor vallisoletano una de las tallas más hermosas de Fray Diego sería la efigiada por Alonso Cano, ya en la segunda mitad del siglo XVII, resultándonos la absorta y apiadable fisonomía de la cara una de las más bellas y convincentes representaciones del ideal icono del santo (Figura 13).



Antes hemos dicho que con este “milagro de las rosas” corrió por cortes, cátedras y chozas la fama imparabile del que eligiendo ser un día lego enseñó después en letras vivas las ciencias divinas del mandato evangélico. Que bien, una vez más supo expresarlo Lope de Vega en soneto:

*Qué bien se echa de ver, Divino Diego,
que en Alcalá estudiastes Theología,
Pues tan Divina Cathedra se os fia
desde adonde enseñais letras de fuego.*

*¿Mas cómo sois tan sabio, si sois lego?
Pues dos Maestros disputando un día,
de tantos argumentos la porfia.
controvertida, resolvistes luego.*

*Theologo salistes admirable
de un libro, cuyas hojas milagrosas
haze que un alma en todas ciencias hable:*

*Y entre las que sabeis maravillosas,
mirad si sois Philosopho notable,
pues hazeis entender, que el Pan es Rosas*

Y como todo en esta vida, después de tan santas y evangélicas correrías, al atardecer, cuando las sombras ya cubrían las flores de la huerta del convento, el anciano portero, un 12 de noviembre de 1463, dijo que ya se iba para coger y oler las más hermosas flores que había en el paraíso¹¹. Después, las buenas lenguas de la leyenda popular, para no hacer cargos de hurtos al lego franciscano ante el Padre eterno, se las arreglaron para desviar la responsabilidad hacia la Virgen Santísima, causante e inductora de todos sus piadosos hurtos.

¿Qué diría San Diego estando ya en la gloria ante la noticia de los ángeles cuando le comunicaron que abajo, aquí en la tierra, el mismo Rey de España, Felipe II, le había nombrado Tatumarugo oficial del Reino?. Más le agradecería, por supuesto, que le dijeran que la santa de Ávila, Teresa de Jesús y andariega como él, que en sus *Meditaciones sobre los cantares* (c.2) le había nombrado y ensalzado ante sus monjas como un fraile *que no hizo más que servir y como, después de tantos años muerto, el Señor resucitó su memoria para que nos sea de ejemplo*.

Y nada más. Solo decir que en esta hermosa ciudad de Ayamonte preside y se cobija una estremecedora Piedad ante la que a buen seguro, San Diego, contemplándola, ante el patético instante de la Madre que recoge al Hijo entre sus brazos y rodillas, se hubiera arrodillado derramando lágrimas. Sublime talla en al que pareciera definitivamente que se hubiera consumado el ciclo trágico; porque en la desolación de este crepúsculo, con Jesucristo desclavado, sólo queda como testimonio ante el universo, ya desde ahora deicida, el dolor de la Madre (Figuras 14 y 15). Es decir, la simbología convertida en ara, quieta como un bloque de dolor; y en la que con significación de sudario, sus manos, desesperadamente, se ciñen sin consuelo alguno al cadáver desangrado de su Hijo¹². Estremecido vería entonces Fray Diego esta yerta humanidad de Cristo que es retenida y abrazada por la Madre; y que en tristes y conmovedores soliloquios ensimismados, quisiera decirle y decirnos que ese

¹¹ P. Isaac Vázquez, Un santo de la España Imperial: San Diego de Alcalá, op. cit., p. 11

¹² Cf. José Camón Aznar, La Pasión de Cristo, Vol. III, BAC., Madrid 1949, p. 90

cuerpo, enteramente suyo, fue el fruto de sus entrañas. Y sí, mirando nosotros también a esta "Pietà" de Ayamonte, hemos de decir que, aquí, no hay consuelo para tanto desconsuelo, porque ya son los mismos cielos los que yacen muertos sobre sus rodillas ¹³.



¹³ Id., p. 91.